

dables y muy útiles para después, sí, muy útiles, entre los pasajeros. Pienso que el capitán, sólo con las economías sobre el carbón, puede llegar á veinticinco mil francos al año, si no es más.

—¡Diantre!—dijo Roland, lanzando un silbido que demostraba un profundo respeto á la suma y al capitán.

Juan añadió:

El sobrecargo puede ganar diez mil francos y el médico cinco mil de sueldo fijo, con alojamiento, manutención, luz, servicio, etc., etc., lo que equivale á otros diez mil francos.

Pedro, que había levantado los ojos, encontró los de su hermano y le comprendió.

Después de vacilar un momento, preguntó:

—¿Es muy difícil de obtener la plaza de médico en un transatlántico?

—Sí y no. Todo depende de las circunstancias y de las relaciones.

Después de un momento de pausa preguntó el doctor:

—¿Y sale la *Lorena* el mes que viene?

—El día 7.

Pedro, callado durante algunos minutos, pensó que si pudiera embarcarse como médico en aquel buque sería una solución. Después ya vería; quizás lo dejara. Entretanto se ganaría la vida sin deber nada á su familia. La antevíspera había tenido que vender el reloj, porque ya no podía pedir nada á su madre. No tenía otro recurso para comer otro pan que no fuera el de su casa, ni para dormir en otra cama y bajo otro techo, y dijo después de algunas vacilaciones:

—Si pudiera me embarcaría con gusto en ese barco.

—¿Por qué no has de poder?—preguntó Juan.

—Porque no conozco á nadie de la Compañía transatlántica.

Roland estaba estupefacto.

—¿Y qué se ha hecho de todos tus planes?

Pedro murmuró:

—Hay días en que es preciso saber sacrificarlo todo y renunciar á las mejores esperanzas. Además esto no es más que un principio, un modo de reunir algunos miles de francos para establecerme luego.

Su padre quedó pronto convencido.

—Eso es verdad. En dos años puedes ahorrar seis ó siete mil francos, que bien empleados te llevarían lejos. ¿Qué piensas tú, Luisa?

Esta contestó con voz apenas perceptible:

—Creo que Pedro tiene razón.

Roland exclamó:

—Pues yo hablaré al señor de Poulin, á quien conozco mucho. Es juez en el Tribunal de Comercio y se ocupa de los negocios de la Compañía. También tengo al señor de Lenient, el ar-

mador, que es íntimo de uno de los vicepresidentes.

Juan preguntó á su hermano:

—¿Quieres que yo tanteé hoy mismo al señor de Marchand?

—Sí.

Pedro añadió después de meditar algunos instantes:

—El mejor medio será quizás escribir á mis maestros de la Escuela de Medicina que me querían mucho. Generalmente se admiten en esos barcos medianías. Cartas muy expresivas de los profesores Mas-Roussel, Rémusot, Flache y Borriquel, conseguirían más en un momento que todas las recomendaciones. Bastaría que tu amigo, el señor de Marchand, presentara esas cartas al Consejo de administración.

—Me parece una idea excelente—dijo Juan, sonriendo tranquilo, casi contento, seguro del éxito, porque era incapaz de afligirse mucho tiempo, y añadió:

—Escríbeles hoy mismo.

—En seguida. Hoy no tomaré café porque estoy muy nervioso.

Se levantó y salió.

Entonces Juan se volvió hacia su madre.

—¿Y tú qué haces, mamá?

—Nada... no lo sé.

—¿Quieres venir conmigo á casa de la señora de Rosemilly?

—Sí.

—Ya sabes que es indispensable que yo vaya hoy.

—Es claro.

—¿Por qué es indispensable?—preguntó Roland, que casi nunca se enteraba de lo que en su presencia decían.

—Porque he ofrecido ir.

—¡Ah! bien.

Y se puso á cargar su pipa, mientras la madre y el hijo subían la escalera para coger los sombreros.

Cuando estuvieron en la calle, Juan le preguntó:

—¿Quieres el brazo, mamá?

Nunca se lo ofrecía, pero entonces quiso darla esa prueba de atención. Ella lo aceptó y se apoyó en él.

Después de dar en silencio algunos pasos, Juan dijo:

—Ya ves que Pedro consiente en marcharse.

—La madre murmuró:

—¡Pobre Pedro!

—¿Por qué? No lo pasará mal á bordo de la *Lorena*.

—No, ya lo sé; pero pienso en tantas cosas...

Y siguió pensativa, con la cabeza baja, ajustando su paso al de su hijo, hasta que dijo como completando su pensamiento:

—¡Qué mala es la vida! Si por acaso se encuentra alguna dulzura, es uno culpable por abandonarse á ella, y luego se paga bien cara.

Juan dijo en voz baja:

—No hables más de eso, mamá.

—No pienso en otra cosa.

—Ya lo olvidarás.

Luisa, después de una breve pausa, exclamó con pena:

—¡Qué dichosa hubiera yo sido cándome con otro hombre!

Entonces se exasperaba contra Roland, echando sobre su fealdad, su tontería, su torpeza, lo tosco de su inteligencia y el aspecto vulgar de su persona, toda la responsabilidad de su falta y su desgracia. A esto, á la vulgaridad de aquel hombre, debía haberle engañado, haber desesperado á uno de sus hijos, y hecho al otro la confesión más dolorosa que puede hacer el corazón de una madre.

Y murmuró: "Es terrible para una joven casarse con un marido como el mío,.". Juan no contestaba. Pensaba en el hombre de quien hasta entonces se había creído hijo, y tal vez la noción confusa que tenía hacía mucho de su mediocridad, la ironía constante

de su hermano, la indiferencia desdeñosa de los demás, y hasta el menosprecio de la criada á Roland, habían preparado su alma á la terrible confesión de su madre. Le complacía más ser hijo de otro; y si después del gran sacudimiento de emoción de la víspera no había experimentado el sentimiento de la rebeldía, de indignación y de cólera, temido por la señora de Roland, es porque hacía mucho tiempo sufría sin darse cuenta de ello por ser hijo de aquel majadero.

Habían llegado delante de la casa de la señora de Rosemilly, que vivía en la calle de Sainte-Adresse, en el piso segundo de una gran casa de su propiedad. Desde sus ventanas se descubría toda la rada del Havre.

Al ver á la señora de Roland, que entró la primera, en lugar de tenderle las manos, como siempre, abrió los brazos y la besó, adivinando la intención de su visita.

El mobiliario del salón, de terciopelo labrado, estaba siempre cubierto de fundas. En las paredes, tapizadas de papel de flores, había cuatro grabados, comprados por el primer marido, el capitán. Representaban escenas marítimas y sentimentales. Se veía en el primero la mujer de un pescador agitando su pañuelo desde la costa, mientras desaparecía en el horizonte la vela que llevaba á su marido. En el segundo, la misma mujer, de rodillas en la misma costa, se retorció los brazos mirando á lo lejos, bajo un cielo lleno de relámpagos, sobre una mar embravecida, la barca del esposo próxima á irse á pique.

Los otros grabados representaban escenas análogas en una clase superior de la sociedad.

Una joven rubia sueña, apoyada de codos en la borda de un gran barco que parte. Mira la costa, ya lejana, con los ojos bañados en lágrimas.

¿Qué deja detrás?

Después la misma joven, sentada junto á una ventana abierta sobre el Océano, está desmayada en un sillón. Una carta ha caído de sus rodillas á la alfombra.

¡Ha muerto! ¡Qué desesperación!

Las visitas generalmente se sentían conmovidas y seducidas por la tristeza sencilla de aquellos asuntos transparentes y poéticos. Se comprendía desde luego la intención del artista, sin explicación y sin estudio, y se compadecía á las pobres mujeres, aunque no se supiera con precisión la causa del dolor de la más distinguida. Pero esta misma duda aumentaba el encanto. Sin duda había perdido á su prometido. La mirada se sentía atraída hacia aquellos grabados, y no se cansaba de contemplar la expresión de aquellas dos mujeres, que parecían dos hermanas. Se desprendía sobre todo del dibujo claro, bien concluido,

cuidado, distinguido, á la manera de un grabado de moda, así como de los marcos relucientes, una sensación de limpieza y de rectitud que acentuaba todavía más el resto del mueblaje.

Las sillas estaban colocadas en un orden invariable, unas junto á la pared y otras al rededor del velador. Las colgaduras blancas, immaculadas, tenían pliegues tan rectos y tan regulares que daba gana de arrugarlos un poco; y jamás un grano de polvo ensuciaba el fanal, donde el reloj de sobremesa, de estilo del Imperio, un globo dorado sostenido por Atlas de rodillas, parecía madurar como un melón de estufa.

Las dos mujeres al sentarse modificaron un poco el sitio normal de las sillas.

—¿No ha salido Ud. hoy?—preguntó la señora de Roland.

—No. Confieso á Ud. que estoy un poco cansada.

Y recordó, como para dar las gracias á Juan y á su madre, todo el placer que había experimentado en la excursión del día anterior.

—Esta mañana he comido mis canchales...—decía.—Estaban deliciosos. Cuando ustedes quieran repetiremos la partida...

El jóven la interrumpió:

—Antes de comenzar la segunda hemos de terminar la primera.

—¿Cómo? me parece que está terminada.

—¡Oh! señora, yo por mi parte hice en la roca de Saint-Jouin una pesca que me quiero llevar á casa.

—¿Usted?—preguntó entre sencilla y maliciosa.—¿Qué encontró Ud?

—Una mujer, y mamá y yo venimos á preguntar á Ud. si ha cambiado de opinión.

—No, señor. Yo no cambio nunca—contestó sonriendo.

Juan la tendió la mano, en la

que ella puso con resolución la suya.

—Lo más pronto posible, ¿no es verdad?—preguntó Juan.

—Cuando Ud. quiera.

—¿Seis semanas?

—No tengo opinión. ¿Qué piensa mi futura madre?

La señora de Roland respondió con una sonrisa un poco melancólica:

—Yo no pienso nada. Solamente doy á Ud. las gracias por haber aceptado á Juan, porque Ud. le hará feliz.

—Se hará lo que se pueda, mamá.

Algo conmovida por primera vez, la señora de Rosemilly se levantó, y abrazando á la señora de Roland la besó largamente como una niña. Una emoción profunda conmovió el corazón enfermo de la pobre mujer al sentir aquella caricia. No hubiera podido explicar lo que sentía. Era dulce y triste á la vez. Había perdido un hijo y encontraba una hija.

Luego que volvieron á sentarse una

enfrente de otra, se cogieron de las manos y permanecieron así mirándose y sonriendo, olvidadas de Juan.

Después hablaron de una porción de cosas en que había que pensar para el próximo casamiento, y cuando todo estuvo decidido, la señora de Rosemilly pareció recordar de repente un detalle, y preguntó:

—Habrán Udes. consultado al señor de Roland, ¿no es verdad?

El mismo rubor cubrió las mejillas de la madre y del hijo. La primera fué la que contestó:

—¡Oh! no... Es inútil.

Luego vaciló, comprendiendo que debía dar una explicación, y añadió:

—Nosotros lo hacemos todo sin decirle nada. Basta anunciarle lo que hemos decidido.

La señora de Rosemilly, nada sorprendida, sonrió, comprendiendo que esto era muy natural, porque el buen hombre era insignificante.

Cuando la señora de Roland se encontró en la calle con su hijo, dijo:

—Vamos á tu casa. Quiero descansar.

Se sentía sin abrigo, sin refugio y había tomado horror á su casa.

Entraron en la de Juan.

Cuando oyó cerrar la puerta detrás de sí, suspiró como si sólo entonces se encontrase en seguridad. Luego, en vez de descansar como había dicho, comenzó á abrir los armarios y contar las pilas de ropa, los pañuelos y los calcetines. Cambió el orden establecido para buscar más armonía, y cuando hubo dispuesto las cosas á su gusto, alineando las servilletas, los calzoncillos y las camisas en tablas especiales, y dividido toda la ropa en tres clases principales, ropa de vestir, ropa de casa y ropa de mesa, retrocedió para contemplar su obra, y dijo:

—Juan, ven á ver qué bien está esto.

Juan se levantó y se admiró por complacerla.

Cuando volvió á sentarse su madre se acercó á su sillón, y enlazándole el cuello con el brazo derecho le besó, dejando sobre la chimenea un objeto pequeño envuelto en un papel blanco que tenía en la otra mano.

—¿Qué es eso?—preguntó Juan. Su madre no contestó, y él comprendiendo entonces y reconociendo la forma del cuadro, dijo:

—Dame.

Pero ella fingió no oír y se volvió á los armarios. Juan se levantó, cogió vivamente aquella dolorosa reliquia, y atravesando la habitación fué á guardarla bajo llave en su escritorio. La pobre madre enjugó una lágrima que asomaba á sus ojos, y dijo con voz un poco temblorosa:

—Ahora voy á ver si tu criada tiene bien la cocina. Como ha salido podré inspeccionarlo todo detenidamente.



IX

Las cartas de recomendación de los profesores Mas-Roussell, Remusot, Flache y Borriquel, escritas en los términos más lisonjeros para el doctor Pedro Roland, su discípulo, fueron presentadas por el señor de Marchand al Consejo de la Compañía transatlántica, y apoyadas por los señores Poulin, juez del Tribunal de Comercio, Lenient, rico armador, y Marival, adjunto del alcalde del Havre, amigo particular del capitán Beausire.

Aconteció que el médico de la *Lorena* no estaba aún designado, y Pedro tuvo la suerte de ser nombrado á los pocos días.